

La logística sanitaria en la conquista de México

FRANCISCO GUERRA
Universidad de Alcalá de Henares

INTRODUCCIÓN

Concibieron nuestros antepasados la Historia de España, como una secuencia de dinastías y de reyes, interpolada por gloriosas batallas, donde la victoria culminaba con la aparición del Apóstol Santiago cargando contra nuestros enemigos. No ha sido ajena la Historia de la Conquista de México a esta interpretación hagiográfica, pues Vetancurt (1698) entre otros cronistas, al explicar cómo salvó la vida Cortés durante la Noche Triste, nos asegura que a los mexicanos «...el apóstol Santiago les detuvo como solía...» aunque el buen franciscano observa que «...Bernal Díaz dice, que como era pecador no lo vido; (pero) mal podía verlo si iba a toda prisa por librar la vida y el milagro sucedió en México cuando él iba para Tacuba...» (p. 143, ed. 1698); concluye Vetancurt diciendo: «...esto después lo declararon los mismos Indios y también el que una Imagen de N. Señora les echaba tierra en los ojos y es tradición constante...».

Con la introducción de la metodología histórica positivista, se comenzó a exigir rigor en el análisis de las fuentes y describir las cosas tal como habían sucedido y ya más cerca de nuestros días, se fueron incorporando a la interpretación histórica, las

influencias sociológicas y económicas que permiten ver el pasado desde nuevas perspectivas. Sin embargo, rara vez se han tenido en cuenta los factores sanitarios, que en la colonización americana tuvieron papel principalísimo. Sólo «el maestro de los que saben» de cosas de México, Bernardino de Sahagún, comprendió la magnitud del efecto de la enfermedad sobre los indios, como un factor decisivo en la caída del imperio azteca, y así lo declaró en el prólogo al Libro Doce que trata de la Conquista de México, cuando dijo: «...el valentísimo capitán D. Hernando Cortés, en cuya presencia y por cuyos medios hizo Dios nuestro señor muchos milagros en la conquista de esta tierra...», agregando este sabio franciscano que para ello «...Milagrosamente nuestro Señor Dios envió gran pestilencia sobre los indios de esta Nueva España, en castigo de la guerra que habían hecho a sus cristianos, por El enviados para hacer esta jornada» (p. 20, ed. 1938). Estos conceptos medievales del pensamiento mexicano-iniciados con la conquista, han sido analizados exhaustivamente por Weckmann (1984).

En efecto, no puede explicarse en parámetros militares la conquista de México, sin tener en cuenta los factores sanitarios que afectaron negativamente a los indígenas mexicanos, como tampoco pueden comprenderse los caracteres tradicionales de la medicina mexicana, sin aceptar el sincretismo religioso que produjo la conquista militar de México, pues, a la conquista militar siguió otra espiritual, dinámica y permanente, que dejó una impronta imborrable en la Nueva España.

Dentro de una logística sanitaria, la empresa militar de Cortés significó la colisión de dos grupos humanos, hispano y mexicano, con diferente herencia inmunológica; y la presencia de portadores de enfermedades infecciosas en aquel encuentro, significó para la población virgen, sin inmunidad, una hecatombe demográfica potencial, mientras que para el otro grupo de población resistente, con inmunidad, la posibilidad de permanecer indemne. Esta circunstancia no es singular de la conquista de México, pues aparece en la historia de la humnidad como un factor constante de selección en la supervivencia de los pueblos. Ocurrió repetidamente tras el Descubrimiento de América y con más virulencia, si cabe que en México, en las áreas colo-

nizadas por Inglaterra y por Francia, aunque allí existiera una población indígena precolombina inferior en número.

Por ello, y para evaluar la herencia inmunológica de españoles y mexicanos, es necesario determinar las enfermedades infecciosas que padecieron con anterioridad a su encuentro, los condicionantes ecológicos a que uno y otro grupo estuvo expuesto durante la campaña de 1519 a 1521, cotejar otras empresas militares y la influencia que tuvieron en ellas las enfermedades infecciosas, y examinar los efectos de la morbilidad y la mortalidad epidémica en el resultado final de la conquista de México. Pero la historia médica de la conquista no concluye con el triunfo militar de Cortés, porque éste cambió fundamentalmente el concepto de enfermedad y de salud en la integración cultural mexicana y dio lugar a nuevas formas de curar, distintas y características que merecen una consideración especial.

LA EMPRESA MILITAR

El progreso de la conquista de México fue relatado por varios de sus protagonistas, el propio Cortés en las Cartas de Relación (1519, 1520 y 1522) y Díaz del Castillo (1568); e inclusive por indígenas que participaron en la lucha, como el anónimo de Tlatelolco (128) y algunos cronistas contemporáneos, cuya fidelidad a los hechos está comprobada. Coinciden éstos que fue iniciada por Hernán Cortés (1485-1547) el 18 de noviembre de 1518 en Santiago de Cuba y que el 18 de febrero de 1519 partió del Cabo de San Antón en 10 naos con otros tantos capitanes, 100 marineros, 508 infantes de espada y rodela, 32 ballesteros, 13 arcabuceros y 16 jinetes con caballos. Hubo además indios de la isla de Cuba o Fernandina que los cronistas no mencionan, pero que participaron y murieron en la jornada de Cempoala a Tlaxcala. Llegó Cortés a San Juan de Ulúa, Veracruz, el Jueves Santo de 1519 y después de vencer primero y luego aceptar la ayuda de los tlaxcaltecas, entró en Tenochtitlan, actual ciudad de México, el 3 de noviembre de 1519, donde fue recibido por Moctezuma. El 29 de mayo de 1520 venció Cortés en Cempoala a Pánfilo de Narváez, cuyos soldados pasaron a engrosar sus filas, pero la imprudencia de Pedro de

Alvarado y la muerte de Moctezuma, obligó a Cortés y a sus soldados a retirarse de la ciudad de México por las calzadas que iban a Tacuba, la noche del 30 de junio de 1520. Tras la recuperación de los supervivientes en Tlaxcala y la progresiva sumisión de los señoríos circundantes del valle de México, las fuerzas de Cortés sitiaron Tenochtitlan desde el 30 de mayo al 13 de agosto de 1521, fecha en que, tras setenta y cinco días de asedio, obtuvo la rendición de Cuauhtemoc. Posteriormente fueron dominados los reinos de Michoacan y Zapotecapan, y tanto Cortés, como sus capitanes, extendieron las conquistas hasta Guatemala, el océano Pacífico y California.

Para establecer los efectivos españoles que intervinieron en la conquista, se pueden aceptar como exactas las cifras proporcionadas por Bernal Díaz del Castillo (1493-1583), capaz de recordar a los setenta y cinco años de edad, hasta el nombre de los caballos de aquellas jornadas. Según él, acudieron en ayuda de Alvarado en Tenochtitlan, desde Cempoala en junio de 1520, bajo el mando de Cortés, 1300 soldados con 97 de a caballo, 80 ballesteros y otros tantos escopeteros. Tras la Noche Triste y la batalla de Otumba el 7 de julio de 1521, asegura Díaz del Castillo, que en cinco días murieron 870 soldados españoles, con 76 de Tuxtepec y 5 mujeres de Castilla, de ahí que en el asalto final a la ciudad de México sólo participaran 540 infantes, 40 de a caballo y 9 piezas de artillería. Pero de ellos, sólo se contaron al final del asalto 450 españoles, que fueron los que a la postre dominaron un imperio cuya población precolumbina se ha calculado entre 5 y 25 millones de habitantes.

Las cifras de los combatientes indígenas que lucharon al lado de Cortés y las de los mexicanos que resistieron en Tenochtitlan son menos precisas, pues Torquemada (1615) asegura que durante el asedio a la ciudad de México, Cortés contó con unos 40.000 rodeleros y 10.000 piqueros tlaxcaltecas, aunque otros elevan su número hasta 150.000 infantes. Igual sucede con los mexicanos de Tenochtitlan mandados por Cuauhtemoc, pues partiendo de la cifra de 60.000 casas de aquella capital azteca, dada por los cronistas, no parece exagerada la de 150.000 muertos entre las filas de Cuauhtemoc al momento de la rendición. Los historiadores alabaron el arrojo de ambos contendientes, pero si algo merece ser recordado en particular de aque-

lla lucha, no es sólo el valor de sus generales, capitanes y soldados, sino la abnegación y firmeza de las mujeres mexicanas sitiadas en Tenochtitlan, cuyas virtudes ensalzó López de Gómara (1552). Tras compulsar los cronistas y comparar las cifras reales de los soldados españoles, con la de los indígenas, tanto tlaxcaltecas como mexicanos, no queda más remedio que aceptar aquella expresión popular mexicana de que «la Conquista de México la hicieron los indios y la Independencia los españoles», pues en verdad, fueron los liberales peninsulares de entonces, los que sembraron, y en muchos casos dirigieron, el camino de la libertad.

LA HERENCIA INMUNOLÓGICA

Los pacientes estudios de Boyd-Bowman (1973 y 1976) sobre la edad, estado y procedencia regional de unos 50.000 pasajeros a Indias entre 1493 y 1580, indican que, el 77 por 100 de ellos procedía de las regiones meridionales españolas, 36 por 100 fueron andaluces, 16 por 100 castellanos nuevos, 14 por 100 extremeños, 10 por 100 castellanos viejos y el resto de otras regiones españolas, portugueses, italianos y de otros países. Pero las referencias de Díaz del Castillo (1632) dan a entrever que entre los compañeros de Cortés predominaban los extremeños. De cualquier modo, la afluencia a Sevilla de gente de toda procedencia, por ser aquella ciudad, tal vez la más populosa entonces del mundo, el ombligo de América, permite considerarla desde el punto de vista sanitario, como el principal foco de intercambio epidemiológico del continente europeo. Baste señalar que hasta la concentración hospitalaria de Sevilla en 1586, durante el siglo XVI hubo en aquella ciudad 72 hospitales.

Con todas las limitaciones de Villalba (1802), se puede aceptar por sus datos la aparición de enfermedades infecciosas en la Península Ibérica, algunas con carácter epidémico, ya desde el período medieval. Así se mencionan bubas en Aragón el año 591, viruela en varios lugares de Andalucía tras la llegada de los árabes en 714, lepra en Asturias en 923, paludismo en Valencia en 1342 y peste bubónica en varias partes del reino de Aragón en 1348. Sin embargo, más exacta aún que la de Villal-

ba es la obra de Jean de Avignon (fl. 1335-1420), que él no conoció, la *Sevillana Medicina* (1545) escrita hacia 1421 y publicada por N. B. Monardes más de un siglo después. A través de su calendario de las enfermedades dominantes en Sevilla entre los años 1398 y 1420, puede afirmarse que los españoles que embarcaron para América estuvieron expuestos o padecieron gripe, viruela, sarampión, tifus, paludismo y difteria, y por lo tanto, pudieron transmitir estas enfermedades a los indígenas americanos. No hubo entonces fiebre amarilla y la posibilidad de contagio, dado el origen africano de esta enfermedad, sólo pudo ocurrir por transmisión española, a partir del tercer viaje de Colón en 1498, cuando arribó a las Islas de Cabo Verde camino a las Indias y Colón registra que comenzaron a enfermarse sus marineros y tuvo que calir aprisa de allí. Hay aspectos fascinantes de los problemas de transmisión al Nuevo Mundo de enfermedades y parásitos, que no en todos los casos se han podido esclarecer, pero baste señalar ahora la inmunidad potencial del ejército cortesiano y la enorme ventaja que le proporcionó en la conquista de México.

Las enfermedades epidémicas precolombinas con morbilidad relevante y alta mortalidad y otras del área mesoamericana, aunque han sido motivo de repetidos estudios, son muy difíciles de identificar. Aun en las epidemias mexicanas poshispánicas que se suponen identificadas por epidemiólogos expertos, como Bustamante (1973 y 1977) hay que hacer rectificaciones a la luz de nuevos datos, pues se confunde el sarampión con la viruela, la influenza con sarampión y en otros casos el tifus exantemático con la fiebre tifoidea. Durante el período precortesiano, como ha deducido del texto de varios códices Hernández Rodríguez (1962), tuvo lugar entre los toltecas de la ciudad de Tula, hacia el año 1158, año siete tochtli de la cronología azteca, una pestilencia que mató al noventa por ciento de la población y marcó el declive de su preeminencia. Otro tanto ocurrió entre los totonacas de Mizquihuacan a los veinte años del reinado de Ume Acatl, cuando los muertos por la pestilencia fueron tantos que no pudieron ser sepultados. Los propios aztecas, según el relato de su peregrinación, tuvieron que abandonar los poblados de origen en el Norte de México, Chico-

moztoc y Aztlan, bajo los efectos de una epidemia, que apareció de nuevo en Pantilan. Inclusive, poco después de asentarse en 1325 en Tenochtitlan, sus crónicas dicen que a muchos mexicanos se les hincharon las gargantas y por ello se dice que sufrieron difteria. Cerca ya de la llegada de los españoles, la Tercera Relación de Chimalpaín señala la aparición de una epidemia en el área de Chalco en 1456, año tres pedernal, que fue despoblada en gran medida, y el códice Chimalpopoca dice que las poblaciones de Xochtlan, Tecuantepec y Amaxtlan fueron diezmadas por epidemias en 1496, año cuatro tecpatl, que volvieron a repetirse en Teuctepec e Ixtitlan en 1507, año dos actl de la cronología azteca. En un estudio médico de tres códices mixtecos del área de Cholula, Guerra (1966) encontró en el Selden un ciclo anual del dios vomitando sangre con el signo de la muerte; el Borgia tiene otro ciclo con el dios vomitando sangre y expulsando una diarrea espumosa con melena; y el códice Vaticano B 3773 otra sección con la diosa Tlazolteotl también vomitando sangre y pronosticando epidemias. Para completar los datos patológicos del área mexicana hay que recurrir al panteón de sus dioses, pues Tezcatlipoca, Nanautzin, Xochiquetzal y Macuilxochitl castigaban con enfermedades venérea, bubas, y confirman la existencia prehistórica de esta treponematosis tropical confundida con la sífilis.

Curiosamente, la investigación de los códices mayas da resultados muy semejantes, como encontraron Thompson (1958) y Guerra (1964). Tanto el códice Dresden (c. 1350) como el de Madrid contienen pronósticos de epidemias representadas por el jeroglífico de *cimi*, la muerte, con prefijos y subfijos característicos. Los libros mayas poshispánicos del Chilam Balam de Chumayel, el de Tizimin y el de Kaua mencionan que hubo gran mortandad con *xekik*, vómito de sangre, entre los años 1480 a 1485, katun cuatro ahau de la cronología maya, en el área de Chichen Itzá, Yucatán. Landa (1894), escribiendo a sólo veintisiete años de la conquista, dice que los indígenas de su diócesis aún recordaban la epidemia. Por las referencias mixtecas y mayas mencionadas, parece por lo tanto que existía fiebre amarilla con anterioridad a la llegada de los españoles en la ruta seguida por Cortés.

LAS CAMPAÑAS PARALELAS

La conquista de México tuvo lugar cuando españoles y mexicanos se encontraban en un momento de expansión militar; por eso, el ejército mexicano que se enfrentó a Cortés, puede aceptarse que era el más aguerrido, eficiente y experimentado del continente americano. Lo que se ha llamado con alguna razón Imperio Mexicano, tenía como núcleo dominante una migración azteca que había llegado al Lago de Texcoco el año 1267 y que en 1325 fundó Tenochtitlan al cumplirse en aquel lugar la profecía del águila en el nopal comiendo la serpiente. Procedían del Norte y en el siglo x de nuestra Era, habían alcanzado Tula, el centro de los toltecas, cuya cultura admiraban y pronto asimilaron. Ya en Tenochtitlan los aztecas estuvieron subyugados durante varias generaciones por los tepanecas de Azcapotzalco y a pesar de las condiciones inhóspitas de sus asentamientos en las islas del lago y en las lavas volcánicas de Tizapan, consiguieron crecer en número. En 1427, bajo la guía de Itzcoatl y aliados con los chichimecas de Texcoco y los de Tlacopan, los aztecas derrotaron a los tepanecas de Azcapotzalco; y a partir de 1440, bajo el reinado de Moctezuma Ilhuicamina I ampliaron sus conquistas y alianzas hasta el Golfo de México y el Océano Pacífico, sometiendo extensas áreas a tributo, salvo a los tlaxcaltecas y los tarascos. La hegemonía azteca culminó con el gran Moctezuma Xocoyotzin II, elegido en 1502, que murió en 1520 durante la conquista española. Los mexicanos, por lo tanto, habían entrenado una clase militar durante cuatro generaciones que, operando desde Tenochtitlan había conquistado en campañas centrífugas todo su entorno, dejando comunicaciones y servidumbres militares que supieron utilizar cumplidamente durante la campaña de 1519 a 1521. No hay que olvidar que sus empresas militares previas se habían visto afectadas por epidemias en 1456, en 1496 y en 1507.

La empresa militar española más importante de aquel período, fue sin duda la conquista de Granada, y Hernández Sánchez-Barba (1981) considera que Cortés la tuvo como modelo para la conquista de Tenochtitlan. Los Reyes Católicos consiguieron aislar progresivamente la ciudad con el dominio de la vega y salvo por el asedio desde las aguas del Lago de Texcoco,

que Cortés resolvió genialmente, la Vega de Granada jugó en la estrategia un papel similar al Valle de México. Los Reyes Católicos se enfrentaron a graves problemas sanitarios y durante el sitio de Baza en 1489 las tropas de Fernando el Católico sufrieron mucho por la peste, la disentería y las bubas. Más grave aún fueron los efectos del tifus exantemático o tabardillo frente a Granada en 1490, donde las tropas se contaminaron de algunos soldados procedentes de Chipre y al pasar revista aquel año, según Mariana (1592) se contaron 20.000 bajas; de ellos sólo 3.000 muertos a manos de los moros, los restantes 17.000 de enfermedades. El reinado del Emperador Carlos V (1500-1558) ofrece ejemplos abundantes de empresas militares donde la introducción de las nuevas armas de fuego y las epidemias, fueron decisivas en el resultado de las campañas. Mientras se encontraba Hernán Cortés en la malhadada expedición a Las Hibueras (1524-1526) tuvo lugar la batalla de Pavía (1525), donde los arcabuceros españoles del Marqués de Pescara, derrotaron la caballería francesa de Francisco I, que no pudo operar en el bosque donde se hallaban apostados, causándoles más de 10.000 muertos. A partir de aquel encuentro las cargas de caballería dejaron de tener papel decisivo en la guerra. Otro tanto ocurrió diez años después cuando cerca de 30.000 hombres de Francisco I invadieron el Piamonte. Enterado Antonio de Leiva, que organizaba entonces los tercios españoles en Milán, mandó a su encuentro una compañía de 250 arcabuceros de los tercios españoles viejos que establecieron línea de fuego entre el castillo de Avigliana y el río. Como hemos señalado (Guerra, 1981), al cabo de varios días de lucha y al asalto final al castillo, donde murieron todos los españoles, los franceses sufrieron tantas bajas que tuvieron que retirarse sin intentar el asalto a Milán, que era su objetivo; por cierto que esta batalla de Avigliana cambió el modo de tratar las heridas de bala.

Las armas de fuego transformaron desde entonces el arte de la guerra y no hay duda que Cortés operó con alguna ventaja en la conquista de México gracias a los cañones y los arcabuces, pero no hay que menospreciar el poder de las balistas, ni que en la lucha cuerpo a cuerpo, las picas y las espadas tuvieron la última palabra. A pesar de las nuevas armas, el efecto de las enfermedades epidémicas en las campañas de

Carlos V fue desastroso y se vio en las de Flandes, las de Alemania contra la Liga de Sckmalkanden (1546-1547) y el sitio de Metz, donde el tifo hizo estragos. También ocurrió durante la preparación de la Armada Invencible que salió hacia su pérfido destino sin su Almirante Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz (1526-1588) muerto de tabardillo en Lisboa y con más de la mitad de sus efectivos con tifoidea por el agua contaminada en los barcos o tifus por los piojos que los infectaban. Pero, para no hacer el recuerdo interminable y debido a su connotación americana y la enorme dispersión de las bubas en Europa tras el Descubrimiento de América, apuntemos lo ocurrido a las tropas del Duque de Alba (1507-1582) durante la campaña de Portugal y la anexión de aquella corona por Felipe II. Dice el cirujano de aquella jornada Andrés de León (1605) que por causa de las bubas y las úlceras de pene en sus soldados, entre 1579 y 1580 «...estando el Ejército en la villa y puerto de Setubal, se cortaron al pie de cinco mil miembros entre todos los de la facultad e yo la mayor parte...» (fol. 17, ed. 1605) y a pesar de todo el Duque de Alba venció luego a los portugueses en la batalla de Alcántara. Inútil decir que ningún ejército puede mantener su capacidad combativa con los efectivos sifilíticos y menos aún con los miembros viriles de los soldados amputados.

LAS EPIDEMIAS DE LA CONQUISTA

Pocos acontecimientos epidemiológicos están mejor documentados que la introducción de la viruela en el continente americano, pero con haber sido enormes sus consecuencias, la dispersión de la viruela entre los indígenas mexicanos es sólo parte de su historia epidemiológica. De aquella hecatombe demográfica fueron también responsables otras enfermedades infecciosas como la gripe, que mató tanto como ella, la disentería, el tifus exantemático, el sarampión y probablemente la fiebre amarilla, cuya endemidad en la costa del Golfo de México se sospecha, pero no puede establecerse documentalmente.

La primera gran epidemia americana, que pronto pasó a México, que cambió el destino del indio americano y ha cam-

biado la Historia de América, fue la influenza suina o gripe del cerdo, recientemente identificada (Guerra 1985) que se desencadenó en la Isabela, Isla de Santo Domingo, el 8 de diciembre de 1493. Aunque existe gripe tanto del cerdo como del caballo, y los primeros caballos que desembarcó allí Colón en el segundo viaje «llegaron perdidos», los caracteres genéticos del virus de la gripe del cerdo, su patogenicidad para el hombre, y las pandemias de mortalidad excesiva que produce en humanos, como la famosa «gripe española» de 1918 que causó más de diez millones de muertos, hacen pensar que en la primera epidemia americana de influenza, los portadores del virus fueron ocho cerdas adquiridas en La Gomera, Canarias, entre el 5 y el 7 de octubre de 1493 por los compañeros de Colón. A los dos días de desembarcar en La Isabela cayeron fulminados por la gripe casi todos los españoles, incluyendo Colón, muchos murieron y al poco tiempo murieron los indígenas de la Isla de Santo Domingo en «número infinito». De 1.200.000 indios que había en ella en 1492 —según dice Las Casas— cuando Cortés llegó allí en 1504 apenas quedaban 400.000 y en 1518 cuando empezó la empresa de México ya apenas se contaban 10.000 indios, y las labores en las minas y en el campo eran realizadas por esclavos negros. En Cuba los indios tardaron algo más en desaparecer, pero la gripe acabó también con los de aquella isla, los de Puerto Rico, Jamaica y las Islas Lucayas.

En 1518, precisamente cuando proyectaba la conquista de México, llegó a Santo Domingo un barco negrero portugués, de los que tenían la contrata de esclavos con la corona española, que introdujo de contrabando un cargamento donde había esclavos con viruela activa. Pronto se contagiaron de ellos los indígenas dominicanos y pasó la epidemia a otras islas de modo que aquellos indios que habían escapado de la gripe, murieron de viruela.

Estos antecedentes epidemiológicos demuestran el papel de los españoles, con sus animales domésticos y el de los negros importados de Africa, en la introducción de enfermedades infecciosas en México. Hay que agregar que antes de la llegada de los españoles no había en América animales domésticos importantes, ni bestias de carga, ni transporte rodado, de ahí que fuera el hombre el que tuviera que llevar la carga y figuren

como porteadores de Cortés los indios, y sean los de Narváez negros, pues el caballo fue siempre considerado en la conquista como arma de guerra muy principal. Además, y esto diferencia mucho el menor efecto de las epidemias en México que en las Antillas, las epidemias en áreas confinadas sobre una población sin inmunidad, como ocurrió en las Islas del Caribe, fueron mucho más graves que en las áreas continentales abiertas, donde los grupos humanos pudieron retirarse ante el avance de la enfermedad, como ocurrió en Canadá, y los Estados Unidos y está ocurriendo hoy en Brasil.

La expedición de Hernán Cortés a México no llevó médico, pues el primero en llegar a tierras mexicanas fue el médico sevillano Pedro López que desembarcó en Veracruz poco después de concluida la conquista de Tenochtitlan, luego acompañó a Cortés a las Hibueras y fue nombrado protomédico de México en 1527.

La base de operaciones de la conquista de México fue establecida en Veracruz en abril de 1519 pero, aunque la elección fue geográficamente correcta, sanitariamente dejó mucho que desear. Veracruz fue durante el período colonial el puerto de relación de México con las Antillas y España y así mismo el punto de acceso del Golfo de México a la ciudad de México y de la comunicación con Asia desde Acapulco. La Villa Rica de la Vera Cruz fundada en 1519, resultó estar en un lugar malo y tuvo que cambiar su asentamiento en 1521 y moverse de nuevo en 1524 a un emplazamiento hoy conocido como La Antigua. Desde entonces se llamó a Veracruz «tumba de los españoles» por los muchos que morían al desembarcar de las naos, tanto así que en 1536 el Obispo Juan de Zumárraga advirtió del peligro al Consejo de Indias. Las «fiebres agudas de las que pocos escapan» y el hecho que los españoles quedaban a salvo de enfermedades alcanzando Jalapa, situada a mayor altura, libre de mosquitos y vectores potenciales de la fiebre amarilla, hacen pensar que esta enfermedad pudo ser endémica en aquel puerto a la llegada de Cortés. Desde luego lo fue en el siglo XVIII, y el vómito prieto se mantuvo endémico en Veracruz hasta fechas bien recientes.

En la ruta de Hernán Cortés de Cempaola a México por Tlaxcala, hubo tres jornadas por tierras ásperas y frías que

no tienen sentido, donde murieron «de frío» los indios siboneyes que Cortés había traído de Cuba como porteadores. Cervantes de Salazar (1514-1575), cronista oficial de México años después de aquello, indica que la ruta equivocada había sido indicada por dos guías enviados por Moctezuma, que intentaba internar las fuerzas de Cortés por lugares inhóspitos para que murieran todos y su empresa fracasara. Reanudada la marcha de Cempoala a Tlaxcala, tuvieron lugar los sangrientos encuentros de las trapas de Cortés contra los tlaxcaltecas y por el relato de Díaz del Castillo (1632) sabemos que los soldados españoles y sus caballos «...con el unto de un Indio gordo que allí matamos, que se abrió, se curaron los heridos, que aceite no lo había...» (fol. 43 v. ed. 1632), tratamiento que menciona otras veces como el habitual para sus heridas.

La diseminación de la viruela en México se inició el 30 de mayo de 1520 en Cempoala, Veracruz, al día siguiente de haber hecho Cortés prisionero a Pánfilo de Narváez (c. 1480-1528). Durante la noche del asalto al campamento de éste, Gonzalo de Sandoval (1497-1528) uno de los mejores capitanes de Cortés, dio con el aposento de los porteadores negros de Narváez, donde uno de ellos, llamado al parecer Francisco de Eguía, tenía viruela. De él se contagiaron los indios de Cempoala que luego con el trasiego de la guerra contaminaron a los tlaxcaltecas y al resto de los mexicanos. Son muchos los cronistas que recogen lo sucedido y Cortés en la Tercera Carta de Relación (1522) es el primero en hacer mención de ello. Otro tanto pasa con Díaz del Castillo (1632) y varios escritores coetáneos, pero tal vez la descripción más amplia sea la de Torquemada (1615) que tuvo a la vista todo lo que se escribió en aquel siglo sobre el problema. «...Sucedió en esto, que se dixo, que yendo en el ejército de Narvaez un negro con viruelas, y como el lugar de Cempoalla era muy grande y de mucha gente, y las casas de los indios tan pequeñas que vivían muy apretados, fueron las viruelas pegándose con los indios de manera, que assi por no curarse, como porque usándose ellos de lavarse cada día de salud, lo hazían con el mal que los abrazava y ayudado del calor de la tierra, cosa tan contraria para tal cura, y assi murieron infinitos, no ayudando poco la falta que hazían las mugeres, que por la enfermedad no podían moler el mayz

y cozer el pan. Eran tantos los muertos, que como no los enterraban, el hedor corrompió el ayre y se temió gran pestilencia. Este mal de las viruelas se extendió por toda Nueva España y causó increíble mortandad y era cosa notable ver a los indios que se salvaron desfigurados en las manos y rostros, con los hoyos de las viruelas por causa de rascarse. Muchos tienen opinión que este mal no sucedió de el contagio de el negro, porque afirman que de cierto en cierto tiempo esta enfermedad y otras eran ciertas y generales en las Indias y el no haber tocado a los Castellanos, parece que trae apariencia de razón...» (p. 537 ed. 1615).

Entre la aparición de la viruela en Cempoala a finales de mayo de 1520 y la retirada española de la ciudad de Tenochtitlan a finales de junio de 1520, sufrieron más la epidemia los aliados de Cortés y entre los que murieron se encontraba Maxicatzin, a quien debía Cortés la alianza de los tlaxcaltecas. Pero donde la epidemia de viruela tuvo peores efectos fue en Tenochtitlan, cuando por el asedio quedó convertida en un área confinada. La entrada a Tenochtitlan de un indio con viruela en septiembre de 1520, antes de que comenzara el sitio, dice Torquemada (1615) que hizo prendiera la enfermedad entre todos. «...Esta pestilencia comenzó en la provincia de Chalco y duró sesenta días. Desta enfermedad fueron muertos entre los Mexicanos el Rey Cuitlahuatzin que poco antes avían elegido, el qual no reynó más de quarenta días, y murieron otros muchos principales y otros soldados viejos y valientes hombres en quienes ellos tenían muro y amparo para su hecho de guerra; que fue esta pestilencia un mal agüero para estas gentes y buen anuncio para los nuestros, que con ella murió la mayor parte de los Indios...» (p. 560 ed. 1615). Las cifras que se han avanzado de muertos indígenas por la epidemia de viruela de 1520, que duró entonces dos meses, pero se reactivó en años posteriores al entrar en contacto portadores del virus con poblaciones vírgenes, resultan difíciles de confirmar, aun por el recurso de comparar las listas de tributo antes y después de ella. Es exagerado sin embargo decir, que la población del área mexicana quedó reducida a la mitad, aunque los muertos se contaron en cientos de miles.

Pudiera quedar, como hasta ahora la viruela, como la principal responsable de la muerte de los sitiados en Tenochtitlan, si no existieran otros datos al respecto. Uno de los primeros actos de Cortés al aceptar la rendición de Cuauhtemoc el 13 de agosto de 1521, fue indicarle que había que «adobar» la conducción de agua de Chapultepec, lo que confirma que los sitiados carecieron de agua potable y tuvieron que recurrir a la salobre y contaminada de desechos y muertos del Lago de Texcoco, con lo que la incidencia de enfermedades infecciosas por transmisión hídrica y disentería fue enorme. Pero hay más: el anónimo indígena de Tlatelolco que relató brevemente (1528) la conquista de Tenochtitlan por Cortés dice: «...Ya se fueron (los españoles tras la Noche Triste) a meter en Tlaxcala. Entonces se difundió la epidemia: tos, granos ardientes que queman. Cuando ha pasado un poco la epidemia, ya se ponen en marcha, van a salir a Tepeyaac, fue el primer lugar que conquistan...» (p. 171, ed. 1956). Pero la tos no es de viruelas, sino de gripe, enfermedad epidémica que hasta ahora habían confundido los epidemiólogos con el sarampión de 1537. En un documento en poder de Alzate que recoge Bustamante (1973): «...Los contagiados decían generalmente, acometerles la enfermedad sin motivo conocido, o con causa suficiente a juicio de ellos, como haber bebido agua fría o exponerse al aire estando calientes, sin haber sufrido alguna insolación, etc. En el momento de la invasión, sentían intenso frío en todo el cuerpo, al mismo tiempo que un incendio como de volcán (así se explicaban), les devoraba las entrañas. La respiración se volvía difícil y fatigosa, los ojos se ponían encendidos y rubicundos, un dolor agudísimo atormentaba sus cabezas. A los más sobrevenían copiosos flujos de sangre por las narices, los cuales se prolongaban sin ser posible restañarlos, por uno o dos días continuos. También era frecuente que se les formasen parótidas, que llegaban muchas veces a supurarse. Cuando la enfermedad hacía crisis favorable era de ordinaria quebrando en reumatismo...» Sahagún dice que la enfermedad «pestilencia grandísima y universal de 1545» fue aún mayor «En toda esta Nueva España, murió la mayor parte de la gente que en ella había. Yo me hallé en el tiempo de esta pestilencia en esta ciudad de México, en la parte de Tlatilulco, y enterré más de diez mil cuerpos, y al

cabo de la pestilencia dióme a mí la enfermedad y estuve muy al cabo...» (vol. III, p. 303, ed. 1938).

Cronológicamente y con base documental, aunque ya existía en el México precolombino tifus exantemático tabardete o *matlazahuatl* en nahuatl, Díaz del Castillo (1632) registra que en 1526 fue también introducido en las naos procedentes de España por Veracruz. «... Y también quiero decir que pareció ser que en el navío en que vino el licenciado Luis Ponce (de León) que dió pestilencia en ellos porque a más de cien personas que en él venían les dió modorra y dolencia de que murieron en la mar y después de desembarcarlos en la villa de Medellín (Veracruz) murieron muchos de ellos y aun de los frailes quedaron muy pocos y fue la forma que aquella modorra cundió en México...» (fol. 219, ed. 1632). Son varios los investigadores que también creen fuera tabardete otras pestilencias de finales del siglo XVI.

Finalmente, otra enfermedad epidémica introducida por los españoles durante el proceso de la conquista de México fue el sarampión, acerca del cual tenemos el testimonio de aquel humilde franciscano Toribio de Motolinia (c. 1500-1569), parte del grupo que llegó a Veracruz en 1524, a quien la tradición ha llamado los doce apóstoles de la evangelización mexicana. Para Motolinia la primera plaga que hubo en la Nueva España fue la viruela, y dice: «A esta enfermedad llamaron los Indios la gran lepra, porque eran tantas las viruelas, que se cubrían de tal manera que parecían leprosos, y hoy día en algunas personas que escaparon parece bien por las señales, que todos quedaron llenos de hoyos. Después a once años (1531) vino un español herido de sarampión, y de él saltó en los Indios, y si no fuera por el mucho cuidado que hubo en que no se bañasen, y en otros remedios, fuera otra gran plaga y pestilencia como la pasada, y aun con todo esto murieron muchos. Llamaron también a éste el año de la lepra.» Para Bustamente (1973) el *cocoliztli* o epidemia que apareció en México entre 1576 y 1579 fue sarampión, aunque otros investigadores piensan que fuera tabardete o tifus exantemático. El hecho de que los indios mexicanos llamaran *hueyazahuatl*, gran lepra, a la viruela y *tepitonzahuatl* al sarampión, pequeña lepra, plantea el problema de

la existencia precolombina de lepra en el Nuevo Mundo, hecho que hasta ahora había sido negado (p. 14, ed. 1914).

CONQUISTA MILITAR Y DEVOCIÓN GUADALUPANA

La figura de Hernán Cortés como conquistador ha opacado su obra caritativa por los que sufrieron enfermedades y heridas durante y después de la conquista de México, y apenas se conoce que concluido el asedio de Tenochtitlan procedió a fundar allí dos hospitales entre 1521 y 1524, el de San Lázaro y el de la Concepción, para españoles e indios, el último de los cuales (Guerra, 1985) aún funciona con eficiencia ejemplar después de casi cinco siglos. La victoria militar de Cortés, su humildad ante los evangelizadores franciscanos llegados pocos después, su religiosidad y devoción a la Virgen María y su ascendencia extremeña cristalizaron en un sincretismo religioso cuya manifestación más aparente en México es la devoción guadalupana, que analizada antropológicamente resulta ser una secuela médica de la conquista.

La manifestación cultural más importante de las civilizaciones precolombinas fue su extrema religiosidad: la vida del indígena mexicano estaba regida, desde que nacía hasta que moría, por el respeto a la voluntad de sus dioses y sacerdotes y una liturgia muy elaborada. Tenían dioses para todo y algunos de los más poderosos, como el caprichoso Tezcatlipoca, el gran puto, castigaba mandando enfermedades a los que cometían pecados. Pero todos los pueblos tuvieron sus dioses, y una visión retrospectiva nos hace ver que en las civilizaciones literarias los dioses se fueron substituyendo unos por otros a medida que una cultura dominó a otra. En Mesopotamia, por ejemplo, cada ser humano tenía un dios personal que cuidaba de la salud y al alejarse del hombre, aparecía en éste la enfermedad; era además el que intervenía ante otros dioses más poderosos cuando el hombre caía enfermo. Otro tanto ocurrió en Egipto, donde la enfermedad era castigo de los dioses y cada ciudad tuvo un dios particular aparte de otros dioses sanadores. Grecia admiró los dioses egipcios y eligió a Apolo, hijo de Zeus

y Latona, como dios de la medicina; él fue quien enseñó el arte de curar al centauro Quirón, y éste, a su vez, a Asclepio. Roma recibió los dioses de Grecia, y Zeus se convirtió en Júpiter y Asclepio en Esculapio. En la tradición judaico-cristiana el dios de los judíos, Jehová, pasó a ser la figura de Cristo dios de los cristianos, pero con el dominio de la doctrina de la salvación del Islam, Alá sustituyó en sus creyentes la imagen cristiana del Salvador. Algo semejante, pero más complejo, sucedió con la teogonía mexicana tras la conquista de México, cuando los mexicanos vieron a sus dioses y a sus hombres vencidos por las armas y las epidemias, y los españoles habían muerto a sus guereros, tenían cautivos sus capitanes y destruido sus templos.

Era un hecho que a los cristianos les había protegido Santiago luchando a caballo y la madre de su Dios había echado tierra a los ojos de sus enemigos y les había protegido de las enfermedades, sobre todo de las viruelas que no había tocado a ninguno de los *teúles*, como llamaban a los españoles. El incrédulo pecador Bernal Díaz del Castillo (1632) dice: «... y (el) señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba...» (fol. 108, ed. 1632). Torquemada afirma: «... y como los indios veían que este mal (de las viruelas) no tocaba a los Castellanos, con mucha admiración pensaban que alguna deidad los reservava y amparava...» (p. 526, ed. 1728). Vetancurt (1698), ferviente admirador de Cortés, reconoce que: «... mucho debe al valor de los Españoles la conquista, pero más debe a la disposición divina... pues a no aver sido milagro no huvieran los Españoles conquistado, y se prueba con las vezes que la Virgen Santísima les ayudó en sus conflictos y las que Santiago se apareció en las batallas...» (p. 165, ed. 1698).

Recientemente se ha demostrado (Guerra, 1985) la similitud existente entre los sacramentos de la religión católica y los rituales de los aztecas equivalentes al bautizo, confirmación, confesión, penitencia, órdenes sagradas y matrimonio; lo único que faltaba en los indios mexicanos era la extrema unción. Pero la clave del sincretismo hispano-mexicano fue la Virgen María. Era la abuela de los baños, Temazcatlteci, la mujer de la serpiente o madre Eva, Cihuacoatl, pero su advocación más querida entre los aztecas era la de Teteoinan, Madre de Dios, y

sobre todo Tonatzin, Nuestra Señora. La Tonatzin, Nuestra Señora, era la esencia de todo lo profundo e íntimo de la madre del mexicano y por fuerza estaba identificada con la Virgen María del extremeño que les había vencido, la Virgen de Guadalupe, la del que había conquistado no sólo Tenochtitlan ocupando primero Tepeyaac donde estaba el templo de Tonatzin, sino que su Virgen les había protegido para conquistar todo México; y por eso se alzó en Tepeyaac el templo de la Virgen de Guadalupe donde estaba el templo de Tonatzin.

La concepción sobrenatural del concepto de enfermedad, patrimonio en el curso de la historia de muchas culturas, no sólo la mexicana, se yuxtapone en este caso con la doctrina teológica de Santo Tomás de ser lícito rezar a la Virgen María y a los santos de la Iglesia Católica como intermediarios de nuestras peticiones a Dios, y nada hay más legítimo en los seres humanos que pedir la salud y la vida. Dentro de esa compleja urdimbre del subconsciente colectivo del pueblo mexicano, la afirmación de devoción a la Virgen de Guadalupe fue la secuencia natural del triunfo militar de aquel gran extremeño, Hernán Cortés.

BIBLIOGRAFÍA. FUENTES

- ANÓNIMO DE TLATELOLCO: *Relato de la conquista por un autor anónimo de Tlatelolco*. Redactado en 1528. Versión directa del "Náhuatl" de Angel María Garibay, en B. DE SAHAGÚN, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1950, 4.º, IV, pp. 167-185.
- AVIGNON, JEAN D': *Sevillana Medicina*, Sevilla, Andrés de Burgos, 1545, 4.º, 4 h., 135 f., 1 h.
- CORTÉS, HERNÁN: *Cartas y relaciones al Emperador Carlos V, colegidas e ilustradas por Pascual Gayangos*, París, Chaix y Ca., 1866, 4.º lib., 575 pp.
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Imprenta del Reyno, 1632, fol., 6 h., 254 f., 6 h.
- LANDA, DIEGO DE: *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Pedro Robredo, S. A., 1938, 4.º, 411 pp., 3 mapas.
- LEÓN, ANDRÉS, DE: *Práctica de Morbo Gallico*, Valladolid, Luis Sánchez, 1605, 4.º, 12 h., 128 f., 2 h.
- LÓPEZ DE GOMARA, FRANCISCO: *Historia general de las Indias... Principio de la conquista de México*, Zaragoza, Agustín Millán, 1552, fol., 4 h., 122 f., 139 f., 1 h.

- LORENZANA, FRANCISCO ANTONIO: *Viaje de Hernán Cortés desde la antigua Vera-Cruz a México para la inteligencia de los pueblos, que expresa en sus Cartas y se ponen en el Mapa*, México, Joseph Antonio de Hoyal, 1770, fol., pp. i-xvi, mapa.
- MARIANA, JUAN DE: *Historiae de rebus Hispaniae*, libri XX, Toledo, Petri Roderici, 1592, fol., 2 h., 959 pp., 6 h.
- MOTOLINIA, TORIBIO DE: *Historia de los indios de la Nueva España*, Barcelona, Hdos. de Juan Gili, 1914, 8.º xlv, 282 pp., 2 h.
- SAHAGÚN, BERNARDINO DE: *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Pedro Robredo, 1938, 4.º, 5 vols. ilustr.
- TORQUEMADA, JUAN DE: *Los veynte y un libros rituales y Monarquía Indiana*, Sevilla, Mathias Clavijo, 1615, fol., 3 vols.
- VETANCURT, AGUSTÍN DE: "Tratado primero. De los sucesos militares de las Armas", en *Teatro Mexicano*, México, María de Benavides, 1698, fol., pp. 101-168.

REFERENCIAS

- BOYD-BOWMAN, PETER: *Patterns of Spanish Emigration to the New World (1493-1580)*, Buffalo, State University of New York, 1973, 4.º, 97 pp. ilustradas.
- BOYD-BOWMAN, PETER: "Spanish Emigrants to the Indies, 1595-1598. A profile", en F. CHIAPPELLI: *First Images of America*, Los Angeles, University of California Press, 1976, 4.º, 2 vols., pp. 723-735.
- BUSTAMANTE, MIGUEL E.: "Notas sobre enfermedades poshispánicas en México. El sarampión", *Gaceta Médica de México*, 103 (6): 537-598, 1973.
- BUSTAMANTE, MIGUEL E.: "La viruela en México, desde su origen hasta su erradicación", *Gaceta Médica de México*, 113 (12): 555-573, 1977.
- FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, FRANCISCO: "El tifus en México antes de Zinsser", *Gaceta Médica de México*, 86 (3): 181-187, 1956.
- FOURNIER, RAOUL: "La viruela desde 1520 hasta la expedición de Balmis", *Gaceta Médica de México*, 113 (12): 557-559, 1977.
- GUERRA, FRANCISCO: *Maya Medicine*, Medical History, London, 8: 31-43, 1964.
- GUERRA, FRANCISCO: *Aztec Medicine*, Medical History, London, 10: 315-338, 1966.
- GUERRA, FRANCISCO: *Las heridas de guerra. Contribución de los cirujanos españoles en la evolución de su tratamiento*, Santander, Universidad de Santander, 1981, 4.º xvi, 237 pp., 1 h. ilustr.
- GUERRA, FRANCISCO: *Three battles that changed Military Surgery* (Avigliana, 1536; Moscow, 1812; Ebro, 1938), XXVI International Congress of the History of Medicine, Plovdiv, 1978, 2: 83-84, 1981.
- GUERRA, FRANCISCO: "La transculturación del concepto de enfermedad en Hispanoamérica", *El Médico*, Madrid, 18: cv-cxi, 1985.
- GUERRA, FRANCISCO: "La influenza, y no los españoles, acabó con los indios americanos", *El Médico*, Madrid, 32 (159): 47-57, 1985.

- GUERRA, FRANCISCO: "La caridad heroica de Hernán Cortés", *Quinto Centenario, Madrid*, 9, 1985.
- HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, ROSAURA: "Epidemias novo-hispanas durante el siglo XVI", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, 28: 5-20, 1960.
- HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, ROSAURA: "Epidemias y calamidades en el México prehispánico", *Anuario de Historia*, México, 2: 21-35, 1962.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, MARIO: *Historia de América*, Madrid, Editorial Alhambra, S. A., 1981, 4.º, 3 vols., mapas.
- LEÓN, NICOLÁS: *¿Qué era el Matlazáhuatl y qué el Cocoliztli en los tiempos precolombinos y en la época hispana?*, México, Imprenta Franco-Mexicana, 1919, 4.º, 16 pp. ilustr.
- MALVIDO, ELSA: "Efectos de las epidemias y hambrunas en la población colonial de México (1519-1810)", *Salud Pública de México*, Época V, 17 (6): 793-802, 1975.
- OCARANZA, FERNANDO: "Las grandes epidemias del siglo XVI en la Nueva España", *Revista Medicina*, 13: 176-178, 1933.
- SOMOLINOS D'ARDOIS, GERMÁN: "La viruela en la Nueva España", *Gaceta Médica de México*, 91 (11): 1015-1024, 1961.
- SOMOLINOS D'ARDOIS, GERMÁN: "Epidemias y hospitales en el Códice Sierra", *Tribuna Médica de México*, 14 (9): 194, 1970.
- SOMOLINOS D'ARDOIS, GERMÁN: "La epidemia de Cocoliztli de 1545 señalada en un Códice", *Tribuna Médica de México*, 15 (4): 85, 1970.
- THOMPSON, J., y ERIC, S.: "Symbols, glyphs and divinatory almanacs for diseases in the Maya Dresden and Madrid codices", *American Antiquity*, 23 (3): 297-308, 1958.
- VIESCA T., CARLOS: "Hambruna y epidemia en Anahuac (1450-1454) en la época de Moctezuma Ilhuicamina", en *Ensayos sobre Historia de las Epidemias en México*, México, Instituto Mexicano de la Seguridad Social, 1982, 8.º 1: 157-177.
- VILLALBA, JOAQUÍN DE: *Epidemiología española o Historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España*, Madrid, M. Repullés, 1802. 4.º, 2 vols.
- WECKMANN, LUIS: *La herencia medieval de México*, México, El Colegio de México, 1984, 4.º, 2 vols. ilustr.